

Yo, la Reina

Isabel de Portugal, Emperatriz y Reina de España.

En tanto que de rosa y de azucena
se muestra la color en vuestro gesto,
y que vuestro mirar ardiente, honesto,
con clara luz la tempestad serena;
y en tanto que el cabello, que en la vena
del oro se escogió, con vuelo presto
por el hermoso cuello blanco, enhiesto,
el viento mueve, esparce y desordena:
coged de vuestra alegre primavera
el dulce fruto antes que el tiempo airado
cubra de nieve la hermosa cumbre.
Marchitará la rosa el viento helado,
todo lo mudará la edad ligera
por no hacer mudanza en su costumbre.

(Gracilaso de la Vega. Soneto XXIII)

El atronador griterío lastimero de la muchedumbre de Toledo, con aroma de adiós, dejó paso a la inmensidad de los campos castellanos y al silencio, tan sólo roto por el rotundo golpear de los cascos de los caballos y de los pasos firmes de los diez palafreneros que portaban a hombros el féretro.

Un féretro sencillo cubierto con un repostero que llevaba bordadas las armas del emperador. Junto al príncipe niño cabalgaba Francisco de Borja, Duque de Gandía y caballero de la Emperatriz, portando junto a su dolorido corazón las llaves del féretro.

Las crónicas de la historia cuentan que siempre estuvo en secreto enamorado de ella; ella, la inalcanzable, la Reina. Y también cuenta la historia que, tras el pesadoso viaje desde Toledo a Granada de tan triste cortejo, al abrir el duque el féretro para certificar que el cuerpo que se había depositado en él seguía siendo el mismo, y al ver la macabra imagen que se presentaba ante sus ojos, tan sólo pudo articular con un hilo de voz: "Jurar que es Su Majestad no puedo, pero juro que fue su cadáver el que se puso aquí". Y en ese momento el Duque de Gandía decidió tornar el rumbo de su vida e ingresó en la Compañía de Jesús.

"No volveré a servir a señores que se me puedan morir"

En 1671 fue canonizado San Francisco de Borja.



"Conversión del Duque de Gandía", José Moreno Carbonero. Museo del Prado

La emperatriz del clavel



Mirándonos, Señora, me confundo,
pues todo el que contempla vuestro hechizo
decir no puede vuestras gracias bellas.

Porque hermosura tanta en vos ve el mundo
que no le asombra el ver que quien os hizo
es el autor del cielo y las estrellas.

(Luis de Camoens)

Esposa del emperador Carlos I de España (Carlos V de Alemania) y madre del rey Felipe II, sin duda dos de los más grandes reyes que nos ha dado la Historia, doña Isabel de Portugal, Reina de España, ocupó un trono tan sólo como consorte, ya que la reina titular era aún doña Juana La Loca, pero supo muy bien ser amante, compañera, madre, mano derecha del emperador, excelente gobernadora de un reino del que se decía que en él jamás se ponía el sol, y una reina muy querida y admirada por sus súbditos.

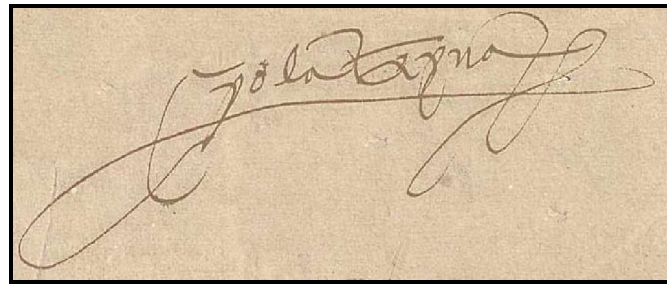
Paradójicamente a una época en la que los matrimonios reales se concertaban por razones de Estado, Isabel y Carlos fueron inusuales protagonistas de una gran historia de amor. Según relata el cronista Gonzalo Hernández de Oviedo, el primer encuentro entre Carlos e Isabel fue un auténtico flechazo:

“(…) y cuando entró en el Alcázar era ya dos horas de la noche, y entró con muchas hachas. Y cuando llegó al aposento de la emperatriz é se vieron, la emperatriz se hincó de rodillas é porfió mucho por le besar la mano. El Emperador se abajó mucho é la levantó abrazándola, é la besó, é la tomó por la mano é se entraron en otra cámara é se sentaron”.



Durante los primeros años del feliz matrimonio, estando instalada la corte en Granada, el emperador ordenó plantar en los jardines del Mirador de Lindaraja unas semillas persas como símbolo de amor por su esposa. Al poco tiempo las desconocidas semillas florecieron y la ciudad se llenó de claveles rojos. Es por ello que a Isabel se la conoce como la "emperatriz del clavel".

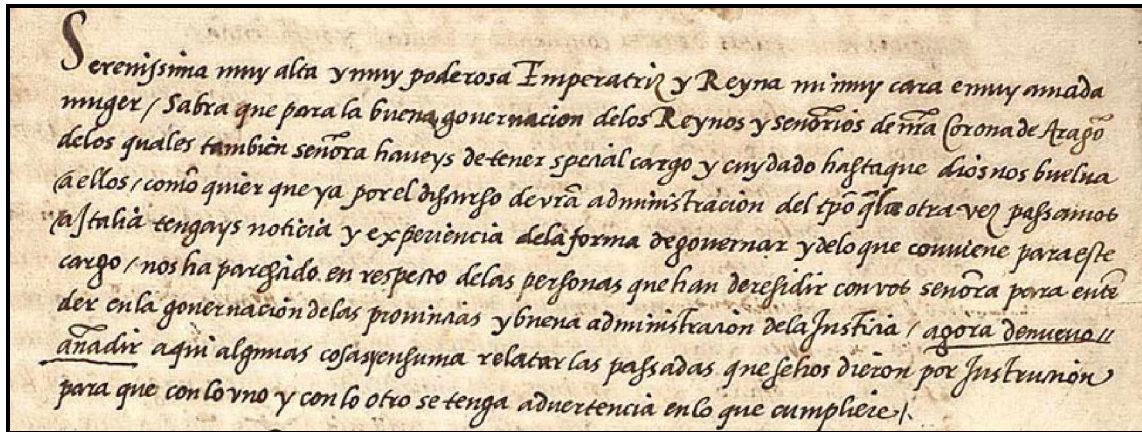
Es famosa también la crónica del nacimiento del futuro rey Felipe II. Durante el largo parto, doña Isabel ordenó mantener la penumbra en el cuarto y que le cubrieran la cara con un velo de forma que nadie pudiera ver el manifiesto del dolor en su rostro. Angustiada, la comadrona le pidió que gritara para así aliviar los dolores, pero ella se negó, respondiendo en su lengua nativa "Nao me faleis tal, minha comadre, que eu morrerei mas non gritarei" ¹.



La emperatriz Isabel vivió y actuó como una auténtica reina gobernadora. Son innumerables las cartas y documentos que alberga el Archivo Histórico Nacional relacionados con ella, muchos de ellos consistentes en el otorgamiento de poderes por parte del emperador para que la emperatriz gobernara el reino durante sus numerosas ausencias. En sus funciones como regente, siempre se preocupó más de la paz y la prosperidad de la península que del exterior. A partir de 1535 asumió la política imperial dedicada especialmente a la amenaza de los turcos y a actuar de intermediaria del emperador en asuntos de relaciones internacionales.

¹ "No me pidáis tal, comadre, que yo moriré más no gritaré"

En muchas de las cartas dirigidas a su esposo, manifestaba su expreso deseo de que él regresara a España pues "... vuestro pronto regreso causará la felicidad destes Reynos y sobre todo la mía".



Seremissima muy alta y muy poderosa Emperatriz y Reyna mi muy cara e muy amada
muger / Sabra que para la buena gobernacion de los Reynos y señorios de esta Corona de Aragón
de los quales tambien señora haueys de tener special cargo y enyado hasta que dios nos buelua
a ellos / como quier que ya por el difunto de via administracion del tpo q'ha otra vez passamos
la stalia tengays noticia y experiencia de la forma de gobernar y de lo que conuene para este
cargo / nos ha pareçido en respetto de las personas que han de residir con vos señora para en-
der en la gobernacion de las promiñas y buena administracion de la Justitia / agora de nuevo
añadir aqui algunas cosas en suma relatar las passadas que se los dieron por Instruccion
para que con lo vno y con lo otro se tenga aduertencia en lo que cumpliere.

(Instrucción que el Rey da a la Emperatriz para que gobierne el Reino durante su ausencia.

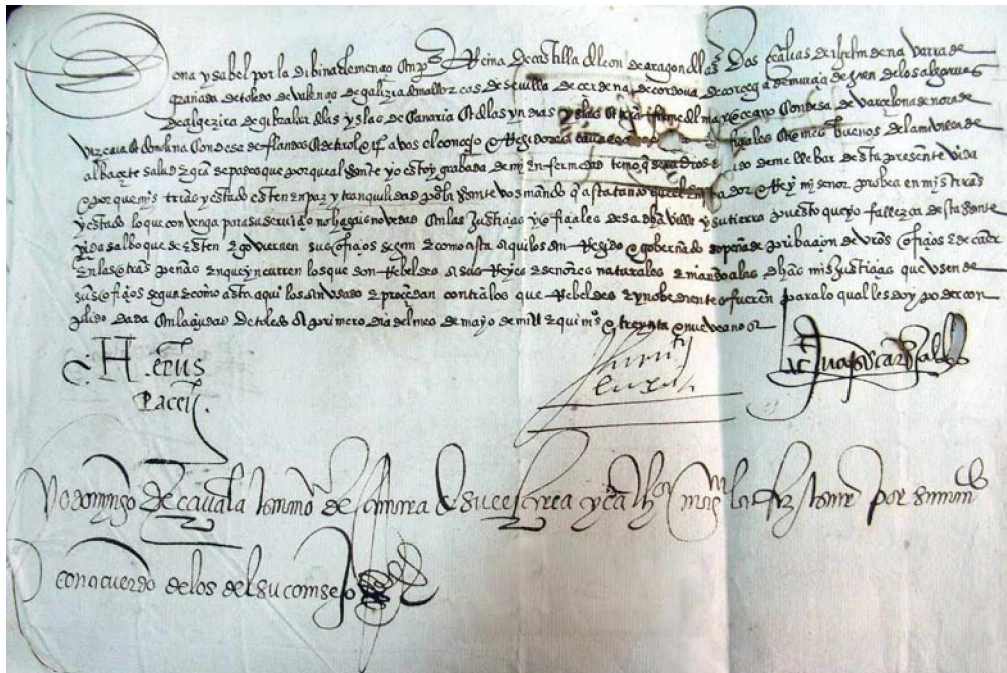
Barcelona, 29 de mayo de 1535)

Hermosas ninfas, que en el río metidas,
contentas habitáis en las moradas
de relucientes piedras fabricadas
y en columnas de vidrio sostenidas,
ahora estéis labrando embebecidas
o tejiendo las telas delicadas,
ahora unas con otras apartadas
contándoos los amores y las vidas:
dejad un rato la labor, alzando
vuestras rubias cabezas a mirarme,
y no os detendréis mucho según ando,
que o no podréis de lástima escucharme,
o convertido en agua aquí llorando,
podréis allá despacio consolarme.

(Gracilaso de la Vega. Soneto XI)

A finales de abril de 1539, la reina dio a luz un niño muerto en el Palacio de Fuensalida, Toledo. Las fiebres posteriores al mal parto le hicieron guardar cama y ya no volvió a levantarse.

Uno de los últimos documentos de la reina es esta carta dirigida a sus súbditos de Albacete. Está firmada en Toledo, el 1 de mayo de 1539:



“Sepades que, porque al presente yo estoy grabada de mi enfermedad, temo que sea Dios servido deme llevar desta presente vida, y porque mis tierras y Estado estén en paz y tranquilidad, (...) vos mando que hasta tanto que el Emperador (...) provea en mis tierras y Estado lo que convenga para su servicio, no hagais novedad en las justicias y oficiales desa dicha villa y tierra.

Dada en la ciudad de Toledo al primero día del mes de mayo de mill e quinientos e treynta e nueva años.”

A los pocos días de redactar esta misiva, la emperatriz falleció. Dicen que conservó la lucidez y el habla hasta el último momento y que se durmió para siempre con un crucifijo entre las manos. También dicen que el Emperador tuvo que viajar desde Madrid y no llegó a tiempo para despedirse de ella. Después

de rezar durante horas a los pies de la cama de su esposa, se retiró al Monasterio de la Ssla. Desde allí, ordenó al pequeño príncipe Felipe, de tan sólo doce años de edad, presidir la comitiva del traslado del féretro de la emperatriz desde Toledo hasta Granada.

El emperador Carlos I quiso quedarse con la serena esencia que su esposa tuvo en vida. Jamás volvió a casarse.

El atronador griterío lastimero de la muchedumbre de Toledo, con aroma de adiós, dejó paso a la inmensidad de los campos castellanos y al silencio...



(Reliquia de Carlos I e Isabel de Portugal en la Capilla Real de Granada)

La pluma del escribano

La fascinación que siempre he sentido por la historia de Isabel de Portugal me animó a lanzarme a esta investigación para poder conocerla un poco más a través del estudio grafológico de sus manuscritos. Pero, después de varias semanas, por un momento, me sentí atrapada y me asaltaron millones de dudas sobre la autenticidad de los documentos y cartas registrados en los archivos históricos como autógrafos de la reina. El personal del Archivo

Histórico de Simancas, que muy amablemente contestó a mis consultas, me confesó de la forma más sincera que tampoco ellos podían asegurarme que los escritos estuvieran realizados de puño y letra por la reina: "Algunos expertos calígrafos cuestionan el que todas las glosas que aparecen en los documentos sean obra de los propios monarcas (aún por muy parecidos que resulten los rasgos de la escritura) y que la firma sea siempre la del rey o la de la reina".

La mayoría de los documentos encontrados, escritos con letra cortesana, tenían el indudable aspecto de la pluma del escribano. Muchos de ellos además, ratificaban la firma de la reina con otra firma, la del secretario personal, que podía o no coincidir con el texto manuscrito del escribano. Ya iban plasmadas dos escrituras en un mismo documento, además de la firma de la reina que, en alguno de ellos, resultaba muy parecida a la letra del secretario y a su desconcertante nota "Por mandado de Su Majestad". Esto podía hacer pensar que el secretario estaba autorizado para firmar con su mano en nombre de la reina.

Visto cómo estaba el tema, investigué también a los escribanos y secretarios. Francisco de los Cobos y Juan Bázquez aparecen firmantes como secretarios y notarios públicos en la mayoría de los documentos. En los que se exponen a continuación puede apreciarse cómo las diferencias en forma y cadencia de los manuscritos delatan a dos escribanos diferentes, la firma de un mismo secretario que no coincide con la mano del texto – Juan Bázquez - en ambos, y la firma de la reina idéntica.

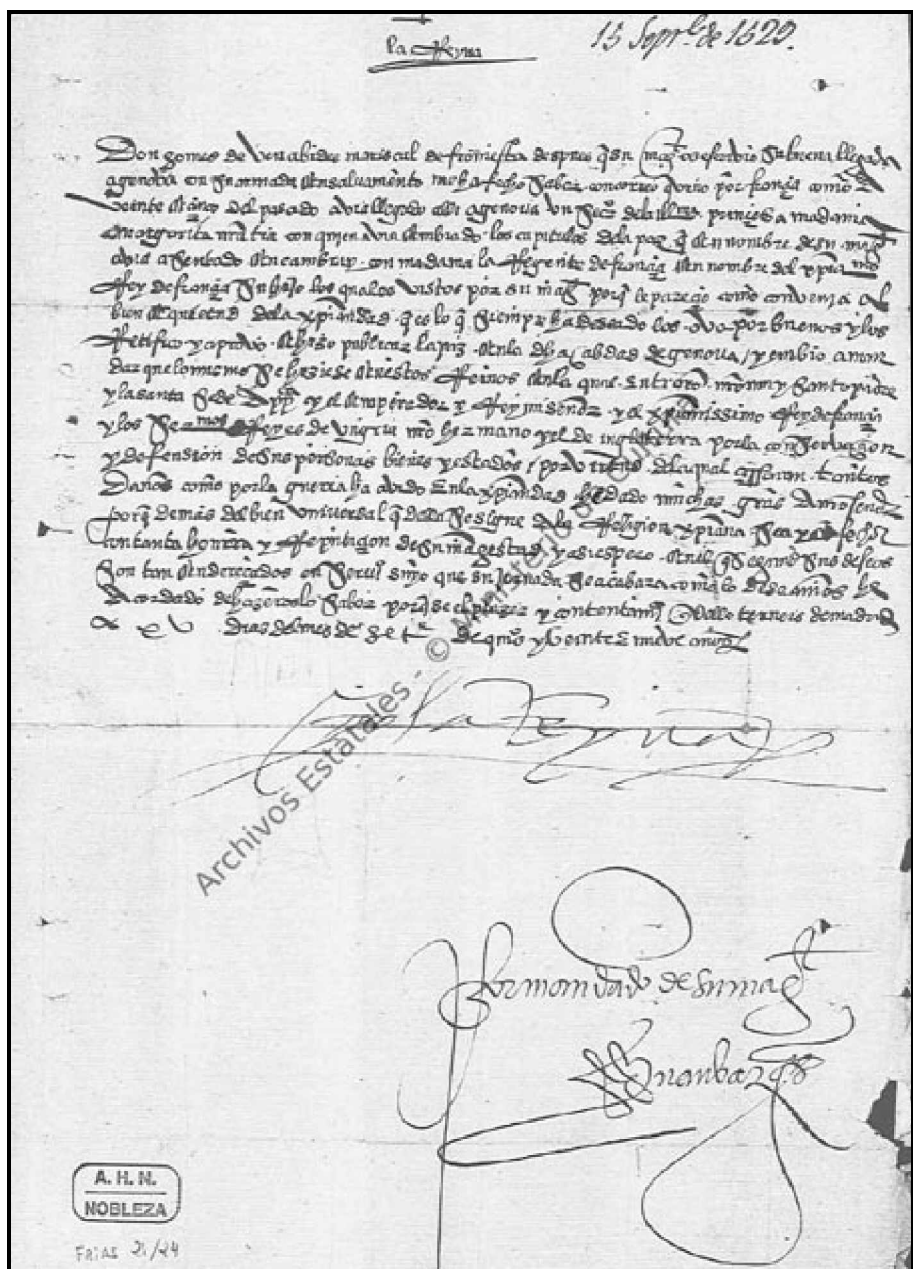
11. Diciem. de 1626.

la Jernva

Don Gomez de Bermejo, mariscal de campo, por el
 don enmigo de Toledo con quien me puse en mano como
 agora el present. se debia cumplir como se cumplia
 muy bueno a Dios guardo y a todos por su parte
 y otra de maná e entera esta gemma. Pero en
 toresales sonse y a boy agreden / he que
 lozerado saber como a tan... no por el
 plazer y contentam... se o a vey de la
 de y / se a... de...

ARCHIVOS ESTATALES
 de la Regencia

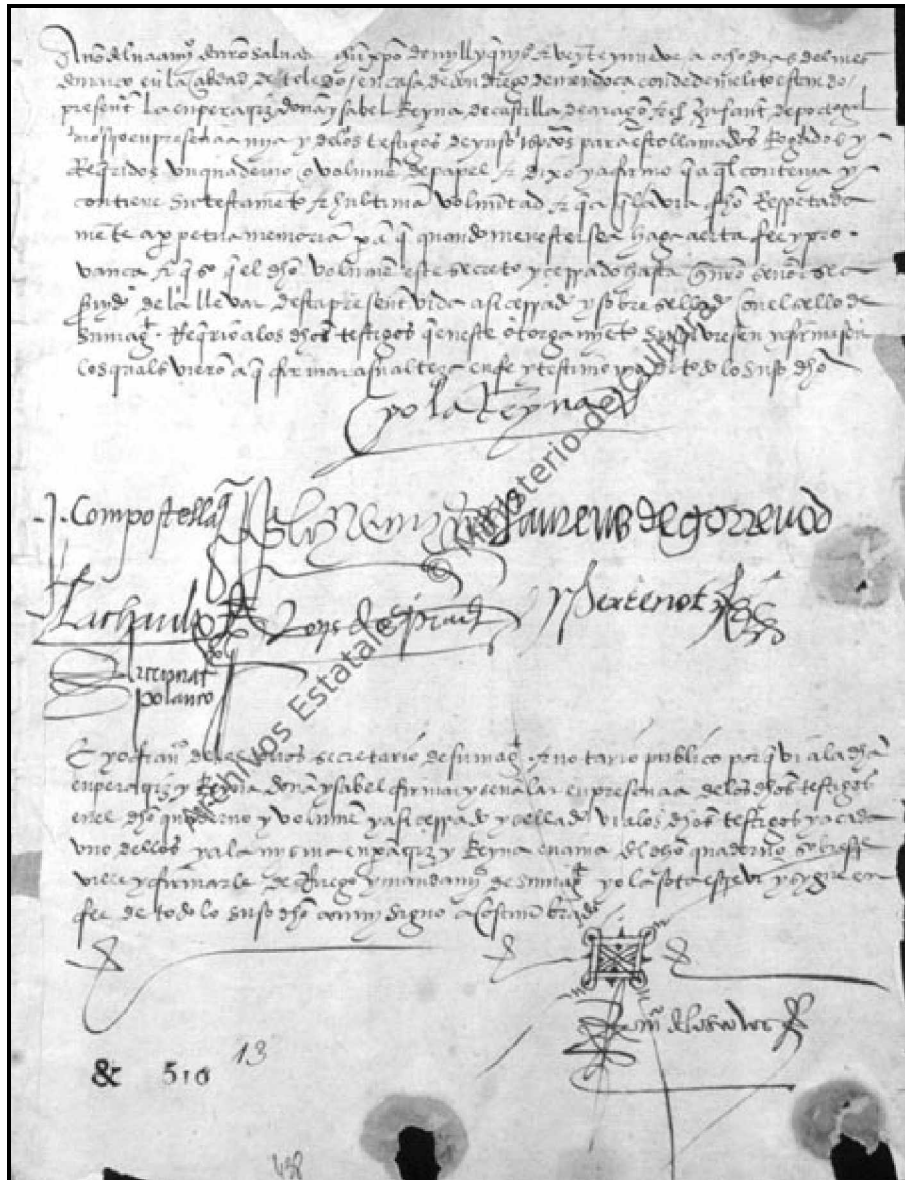
Mandado de Simón de
 Sandoval



Con mayor frecuencia que la de Juan Bázquez, aparecen la firma, rúbrica y sello de Francisco de los Cobos, que fue escribano de Cámara, secretario del rey a partir del año 1516 y su mayor consejero personal desde 1530. Cobos fue encargado de redactar, entre otros documentos, el testamento de la emperatriz Isabel en 1529, del que a continuación se expone la primera hoja.

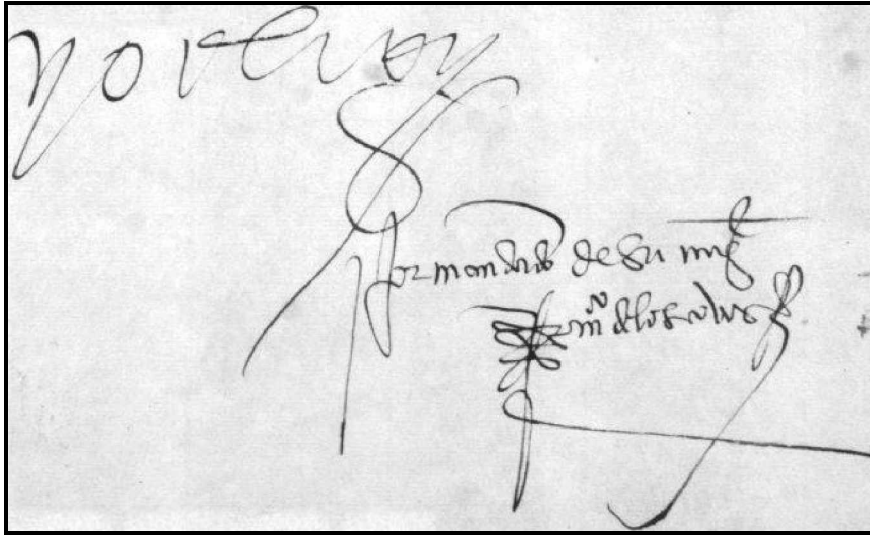
"(...) en la ciudad de Toledo en casa de don Diego de Mendoza Conde de Mélito estando presente la emperatriz doña Isabel de Portugal Reina de Castilla, de Aragón Infanta de Portugal en presencia mía y de los testigos (...)

E yo Francisco de los Cobos secretario de su Majestad y notario público porque vi a la Emperatriz y Reyna doña Isabel firmar y señalar en presencia de los dos testigos en el ago quaderno y volume ya fui cerrado y sellado (...)"



En el documento se aprecia que la mano de Cobos escribe el texto superior e inferior y lo rubrica al pie. Es curioso el sello notarial que acompaña la firma. En el centro de la hoja, la firma de la reina y de los testigos que fe dieron a su última voluntad.

La mano de Francisco de los Cobos puede verse también en muchísimos documentos firmados por el rey:



Pese a las dificultades, y con la duda compensada por el palpito intuitivo, decidí insistir. Tenía que haber algún documento con el que poder cotejar la escritura de las firmas de la reina que claramente no coincidían con ninguna de las escrituras a las que acompañaba.

¡Y lo encontré!

"Yo la Reyna"

En 1529, la reina se vio aquejada de unas fuertes fiebres que le hicieron temer por su vida. Fue por ello que quiso hacer testamento. Al anterior reseñado, firmado y redactado por su secretario Francisco de los Cobos, la emperatriz quiso añadir una Memoria testamentaria ológrafa, que se expone a continuación.

La escritura de este testamento, escrito íntegramente en portugués, su lengua nativa, coincide totalmente con la grafía de las firmas de la reina en los documentos oficiales. Se trata de una escritura ampulosa, caracterizada por numerosos reenganches entre letras y un trazado tembloroso y titubeante que podría ser debido a una salud, en el momento, delicada. Pese a la característica grafía abigarrada y espesa de la época, el ológrafo de doña Isabel pretende ser un escrito que respira, y las palabras que, en la primera hoja, se apiñan en un principio, tienden después a expandirse más y a dejar correr el aire entre los renglones.

mudo q' ja dona guionara de melo
 minha camareira mox a p' trezcentos
 mil maravedis e sua vida cada um
 ou se lfe de com q' se possem sempre
 e si mudo q' ja dona luano de casto
 se estover por casar de quatro centos
 pa seu casamento se se casar tal
 os a p' ja dom felipa de magalhães
 minha colaca heram deica q' q' a p'
 cento se oocencia mil maravedis de
 por vida ou co se copie se na q' si
 seu casar se se casar se lfe de quatro
 mil ducados se na esta deca que est
 ab d'amar q' fora de rancia minha
 na q' esta gloria mya mudo q' sem
 fu caso se os outros que uocam
 comigo caso caser mudo q' aiam dous
 mil ducados se a p' annua d'outra
 ja co de se de fero mudo q' se de se que
 se de my fuan ano pa se camuso
 se se tome ja portugal
 ja meoria de lize de mudo mil ducados
 ja Isabel de portugoa esteja seia ja colaca

Puede apreciarse la imbricación ascendente de las líneas que nos habla de un esfuerzo sostenido por mantener el entusiasmo y la fortaleza a pesar de las circunstancias adversas, en este caso, de salud, que están condicionando la vitalidad y el estado de ánimo.

No obstante, el refuerzo constante del ángulo nos delata a una personalidad de extraordinaria templanza unida al carisma autoritario, cualidades éstas que necesariamente debían reinar en una persona que a su natural sensibilidad femenina debía aunar el brazo duro y el pensamiento estratega de un hombre.

Las jambas rectas pronunciadas dan muestra de esa vara de mando, de ese golpe de poder paradójico a las jambas curvas de la "g" que convidan a pensar en una sensualidad extrema.

Para tratarse de una caligrafía del XVI donde el modelo estaba aderezado con dinamismo, rasgos fugados y exagerados trazos de forma, puede decirse que es ésta una caligrafía sencilla, prácticamente sin ornamento, que no halla gusto en los excesos ni en las apariencias. Esto parece coincidir con lo que muchos biógrafos afirman de doña Isabel, que no gustaba de vestir grandes lujos ni de lucir demasiadas joyas.

En esta última hoja del testamento ológrafo que se expone seguidamente se puede observar cómo el tamaño y forma de la firma respeta la coherencia exacta con la grafía del texto, tanto en tamaño como en inclinación de las letras y en forma; coherencia que nos está hablando de honestidad e integridad de la mano autora. Curioso es el hecho de que la firma parece encontrarse siempre ubicada entre paréntesis. Quizás podría deberse esto a que la reina no lo era como titular sino sólo en funciones, ya que el título de reina aún lo ostentaba doña Juana, encerrada en Tordesillas por su mal de locura.

Tampoco deja de ser curioso el rasgo de la "R" que ampara al resto de la palabra con su "ala de gallina", gesto de protección característico en aquellos cuyo máxima aspiración es cuidar de los suyos y, en este caso esos "suyos" eran ni más ni menos que todos los súbditos de un vasto imperio en el que, decían, jamás se ponía el sol.

por a dita mursa mas se esta fo me
 da capela desacompanhado por se saber
 fo q se cada fua se por a qm fazer
 contra o ornamto q zonha melhora a
 nosz gna das belongas outromuistero
 q fez a dita mursa mas se repararia
 alguns ornamentos deb q se fizeres
 ment nesto deb se e por zonal os muros
 q se fizere reparta por qjos semm
 perios q riasse riasse pade ca h. se de
 os ornamentos feitos por na aduic os
 nestas fo repartida da toca e ma
 del de fua coroa deuro os porlas
 destas das aduic se outra as fa
 se menire qm se alguna esmola q
 parezes be a meno ornametos
 parajuda da obra q faze na cap
 Joa Reyna

Tal vez Isabel de Portugal pasó por la Historia un tanto desapercibida y tan sólo por haber sido la bella esposa de Carlos V y madre de Felipe II, pero no cabe la menor duda de que el imperio español no habría sido el mismo sin esa mano tendida de la reina.

Cuando Carlos V llegó al Monasterio de Yuste en 1557, las campanas se echaron al vuelo para celebrar la llegada de un gran hombre, pero él se limitó a decir "Ya me basta el nombre de Carlos. He dejado de ser emperador". Lo primero que ordenó fue colocar en su aposento el retrato que de su esposa había pintado Tiziano. El 21 de septiembre de 1558 se durmió para siempre con un crucifijo entre las manos... el mismo que aferró el último sueño de la Emperatriz.



Yo no nací sino para quereros;
mi alma os ha cortado a su medida;
por hábito del alma misma os quiero;
cuanto tengo confieso yo deberos;
por vos nací, por vos tengo la vida,
por vos he de morir, y por vos muero.

(Gracilaso de la Vega)

Sandra M^a Cerro

Grafóloga y Perito calígrafo

www.sandracerro.com

Fuentes documentales:

Portal de Archivos Españoles: www.pares.es

Portal del Ministerio de Cultura: www.mcu.es

Blog de Elvira Valero de la Rosa, directora del Archivo Histórico Provincial de Albacete:
<http://temario-archivos.blogspot.com>

Web del Museo del Prado: www.museodelprado.es

Web de la Ciudad de Úbeda: www.ubeda.com

www.librosmaravillosos.com

www.garcilaso.org

Bibliografía:

Antonio Villacorta, "La emperatriz Isabel"

Carlos Fisas, "Historias de reyes y reinas"

María Isabel Piqueras Villaldea, "Carlos V y la emperatriz Isabel"

Fernando González-Doria, "Las reinas de España"

Especial mención y agradecimiento al Archivo Histórico de Simancas